

Una noche al fresco en la placeta de Lucas

Conchi Rubio Granero



Conozco una placeta en mi pueblo donde el tiempo parece detenerse. Es un simple cruce de calles. No tiene la categoría de plaza y tampoco tiene placa, pero es que no le hace falta, porque todos la conocemos como la placeta de Lucas. En estos pueblos, como el mío, pequeños, pueblos pequeños, es la gente quien verdaderamente bautiza las calles, las plazas e incluso los establecimientos. ¿Con qué? Pues con la memoria y con el afecto.

Hoy me imagino una noche de verano, al fresco, con los vecinos, y con algún familiar también, sentados en sillas bajas de anea, mientras los nietos corretean por ahí, por las calles, como cuando yo era niña, en este bendito lugar. Yo estoy deseosa de escuchar, pero es que ellos, ellos están con unas ganas locas de contar cómo se vivía aquí en los duros tiempos de la posguerra. En sus palabras, la placeta revive, y con ella, una parte de mí también.

—Se daba con unas cartillas. Daban las cartillas en el ayuntamiento. Iban con la cartilla a la tienda porque allí ya tenían las cosas para repartir, que es lo que le pertenecía a cada persona.

—Y llegaba un niño pequeño, y entonces ¿qué le daban?

—Un kilo de azúcar, por ser infantil.

—Por ser infantil, un kilo de azúcar. Toma, *pa'* la caries, ¿no?

—Pero hay quien iba con el kilo de azúcar, Visita, dame el kilo de azúcar que lo venda para que pueda venir a sacar la ración. Porque no tenía para sacar la ración. Pero había que pagar algo.

—¿Cómo es posible que en un espacio tan pequeño hubiera lugar para tanta vida comercial? Yo, si existiera, lo habría denominado Lucas Commercial Center.

—La tía Consuelo.

—La tía Consuelo.

—Tu tía Amparo.

—La de, la de... Ay, madre mía, yo tenía mucha familia ahí, ¿no?, de tenderos.

—Estaba tu tía Amparo, la de Luis.

—Mi tía Amparo con el tío Luis.

—Y la tía Roja.

—La tía Roja. Pero esa no es tía nuestra. La tía Roja. Ya llevo tres. Eulogio. Más para abajo, la tienda de Remedios que nos ha dicho la de la ración. Cinco. La sastrería de Lucas. El comercio de Antolín Perona. O sea, ya llevo ocho, ¿eh? ¿Serapio también tenía una?

A pocos metros de la placeta estaba la escuela. Maestras como doña Amalia se recuerdan con cariño. Otros parece ser que no dejaron tan buen recuerdo. En este pueblo lo de la frase “la letra con sangre entra” fue en algunos casos tristemente literal. Es verdad que eran tiempos duros, pero el maestro es que tenía autoridad y permiso tácito para marcar tus dedos con la palmeta, para castigarte con la goma de butano y a veces incluso hacerte arrodillar sobre un garbanzo mientras sostenías los libros en cruz. Ahí no es *na'*. Estos castigos que hoy parecen sacados de una tortura china antiguamente formaban parte del día a día. Pero es que luego volvías a tu casa y como ellos recuerdan, entre sonrisas, tu padre te pegaba un bofetón.

—Había dos escuelas, una arriba de los chicos y otra abajo de las chicas.

—Era impensable que estuvieran los chicos y las chicas como ahora.

—¿No estaban juntos?

—No.

—¿Revueltos no estaban?

—Ni en el recreo juntos ni nada.

—¿Y dónde salían al recreo?

—Pues al recreo, a la placeta de Lucas.

—¿Y la Felisa qué les decía?

—Y la Felisa, porque...

—¿Que salía con la escoba o con un cubo de agua?

—Que se cansaba muchísimo de que hacían mucho ruido.

—En los recreos bastaba un polo de Armonio para convertir aquella placeta en el rincón más dulce del mundo.

—No había como ahora cucuruchos ni nada. Era helado de hielo.

—¿Un palote?

—Un palote.

—¿Y duraban mucho los polos o qué?

—Poco. Desde allí a la puerta de la escuela.

—¿Que estaba a 50 metros?

—Pues por ahí. Pero no comprábamos todos los días, ¿eh? Porque no me acuerdo cuánto valía, no sé si era 50 céntimos o un real.

—Madre mía.

—Muy poco.

—Uy, los sabañones eran viejos conocidos de los niños en el colegio. Los inviernos eran duros. El frío se colaba por cada rendija, pero no faltaba la imaginación ni el ingenio para sobrellevarlo. Escuchen, escuchen.

—Pasabais frío en la escuela y teníais un remedio para solucionarlo.

—Decía doña María: “Tenéis que traer leña y hacemos lumbre. O si queréis, si ya tenéis lumbre, la traéis en una lata y ya la tenemos, como queráis.” Y unos traían leña, otros traían ya la lumbre, y así lo pasábamos, hermosa.

—¿Y a veces os ibais a la panadería?

—A por lumbre. Pero a lo mejor llegábamos y ya la habían tirado en el horno. Y ya teníamos que hacer lumbre. Todo eso es de críos.

—No, de críos, no, eran las de arriba.

—*Pa'* allá, *pa'* acá. Pues he ido al horno y ya la habían tirado. Otras veces no, nos la guardaban.

- A la maestra se le llevaba un brasero y se lo ponía aquí debajo.
- Ah, la maestra tenía un brasero hermoso.
- Y se dormía la pobre mujer, que era muy mayor, la doña Amalia.
- Muchos libros no llevabais.
- ¡Uh, libros! Con uno para todos.
- El Catón, el Tacón, ¿cómo era? ¿El Catón?
- No, primero la cartilla.
- Y luego el Catón.
- Era A, E y U. Y luego el rayas, que ya era la M, la N...
- ¡Ay, la escuela! Era un privilegio al que no todos podían acceder.

Algunos asistían solo hasta los siete u ocho años, porque ya eran lo bastante mayores para trabajar en el campo o para servir en las casas de los más pudientes, como nos cuentan Ana María y José Luis.

- ¿De bien pequeña te mandaron a servir?
- ¡A servir! No podía ni con la escoba, así que...
- Yo desde luego, con siete, te voy a decir que fui muy poco tiempo a la escuela.
- Ah, ¿tampoco fuiste a la escuela?
- Fui, no sé, fueron cuatro o cinco meses, con seis años o siete.
- ¿Y luego a trabajar?
- Y luego a trabajar. Esa era mi marcha. Aprendí a leer y a escribir cuando me fui a la mili. Porque pensé... Dije, bueno, voy a la mili, tengo novia, ¿cómo la escribo, si no sé? Y fui a la escuela con cortinilla.

La muerte del hermano Lucas fue muy sentida en el pueblo. Y Rosi se acuerda de una anécdota en particular.

- Cuando muere Lucas, pues resulta que durante la enfermedad vino una hermana de Felisa, que estaba en Madrid, que era telefonista, y a ella le gustaba el “traguete” un poco, le gustaba el anís, que lo compraba de la tienda de enfrente, de Consuelo. Entonces ella, como era verano, como entonces no había frigoríficos, pues cogía un cubo y con agua de la fuente, fresquita, ponía la botella del anís. Y para que no se viera, le había hecho una servilleta muy bien con puntilla y muy arreglada. Iban y le decía: “Venga, una copilla.” Y sacaba dos vasos, o los

que fueran. Y decían: “Uy, no, nosotras no queremos.” Pues bueno, pues ella se tomaba las dos. Ya no las iba a devolver a la botella.

- Lucas pidió que le pusieran una cepa en su nicho.
- En su nicho, ¡jajajaja!
- Porque a Lucas le gustaba el vinete. Le gustaba el vinete, pero ¿quién iba a ir a pisarlo?

Una vez Felisa se queda viuda, pues no recuerdan cuánto tiempo tardó en volver a casarse, pero lo hizo. Y lo hizo con el mejor amigo de su difunto marido. Tengo un narrador en primera persona maravilloso, que nos lo va a contar ahora mismo. Pompeyo.

- Felisa y Antonio.
- Felisa y Antonio el ratón.
- Que fui yo el monaguillo. Estesos y Marín llevaban las cunas. Y el cachondeo, vaya.
- Y por la noche...
- Porque le dimos la *cencerrá*.
- Le hicisteis la *cencerrá*. Que consistía en qué.
- Pues allí, con lata...
- ¿Cuál era el objetivo de hacerle la *cencerrá*?
- Para que no durmiera.

Hay curiosas tradiciones en mi pueblo, que..., bueno, mejor que lo cuente María, que lo hace con mucha gracia.

- ¿Tuvo que pagar la patente?
- No, que estaba aquí en el pueblo.
- ¿Y qué era eso de la patente, entonces?
- Pues venían de fuera y pretendían a una muchacha de aquí y los muchachos tenían que pedirle que tenía que pagar la patente. Y tenía que pagarla. El que era de fuera del pueblo.
- Porque se llevaba a una joya.
- Claro. Tenía que hacerles algo y eso era.
- ¿Y a quién se lo pagaba?
- Pues a los muchachos.
- Ah, a los muchachos.

—A los muchachos del pueblo.

—¿Y si no la pagaba qué?

—Pues si no la pagaba le cascaban.

—¿Le cascaban? ¿Le pegaban?

—Le amenazaban.

—¿O lo tiraban al ojuelo?

—¿Y qué era el ojuelo?

—Pues el ojuelo, allí abajo del prado.

—El agua. Lo tiraban al río.

Esta noche he podido compartir el fresco y los recuerdos con vosotros. Remedios, Asunción, Ana María, José Luis, tía Boni, Pompeyo, María y Rosy y otros muchos que escuchaban en silencio. No me despido desde la silla de anea. Tampoco escuchamos el murmullo de la placeta. Pero todos la hemos visto en nuestra memoria. Hoy me despido desde la residencia de ancianos de nuestro pueblo, donde todos o casi todos tenéis vuestro hogar y seguís compartiendo vida, recuerdos y silencios. Silencios que hablan más que mil palabras.

Vuestras historias quedan conmigo, y mientras el verano sigue su curso yo esta noche me llevo el calor de vuestra memoria.

Una noche al fresco en la placeta de Lucas

Primer premio *ex aequo* en la categoría de pódcast
XVII Concurso de Relatos Escritos por Personas Mayores,
organizado por la Fundación "la Caixa"
en colaboración con Radio Nacional de España.
21 de octubre de 2025

rne



Fundación "la Caixa"